

HOMENAJE A OSCAR ERMIDA URIARTE

FAMILIA ERMIDA

Paula Ermida

Ana Ermida

Martín Ermida

OSQUI

Paula Ermida

Montevideo, diciembre 2019

Cuando nos invitaron a escribir unas palabras mi primera reacción fue negarme, me cuesta hablar de papá, no me siento cómoda, siento que nada de lo que diga alcance pero por alguna razón, en un momento emocional, empecé a escribir qué es papá para mí.

Para mí es el ejemplo de persona honesta, recta, justa y humilde.

Era un guía, cuando tenía un problema o duda, lo consultaba con él y si me decía que había actuado bien en ese mismo instante me quedaba absolutamente tranquila aunque el mundo entero me dijera lo contrario.

Cuando murió todo fue más difícil.

Hoy muchas veces frente a una decisión que tengo que tomar pienso, que me diría papá?Cuál sería su consejo?

Para mí él sabía de todo, no solo de derecho, sabía MUCHO de TODO, historia, filosofía, literatura, football, pintura, música, etc..... y todo lo explicaba y contaba de forma sencilla, cálida y linda, irrepetible, solo él lo transmitía así. Mi marido, que en ese momento era novio, iba todos los domingos a cenar a casa y le “tiraba” temas para escucharlo hablar y aprender. Porque realmente era un placer escucharlo.

Junto a mamá nos enseñaron a crecer, a escuchar, a intentar no joder a nadie y a que la familia es lo más importante.

Desde que soy madre pienso, ojalá pudiera dejar a mis hijos un poco de lo que él nos dejó. Me hubiera encantado que conociera y viera crecer a mis hijos y aunque esto duele, lo recuerdo con alegría y agradecimiento. Hoy tengo muchos recuerdos lindos, charlas cálidas y un hijo de 5 años que sin conocerlo habla de Osqui como si lo hubiera visto ayer.

Cuando mis hijos sean un poco más grandes les voy a leer algunas de las cosas que escribieron de él colegas y amigos para que sepan como era y como llegaba a la gente, así se sienten tan orgullosos de él como yo.

Lo extraño mucho.

TEST OEU

Ana Ermida

Montevideo, diciembre 2019

Ahora me toca escribir sobre mi papá, sobre “Osqui” (apodo creado por mi hermana, pero que supe utilizar además de “papá”), y la verdad es que extraño decir “papá”.

Pienso en él, lo recuerdo, hablo de él, e inevitablemente pienso en mi mamá, se me vienen juntos a la mente simplemente y nada más y nada menos que porque me transmitieron, conjuntamente y desde diferentes lugares y roles, herramientas, recursos, valores para vivir la vida con libertad, pensando, cuestionando, analizando y siendo “buena gente”. Tuve y tengo una linda y especial relación con mamá y la tuve con mi padre.

Lo cierto es que con papá teníamos una muy linda relación, con cierto grado de complicidad, éramos bastantes “compinches”, teníamos muchos temas e intereses en común de los que conversar; también recuerdo cierta picardía en la relación. Entiendo que mi cierto grado de espontaneidad, mi cierta informalidad, acompañada de responsabilidad, le parecía algo “atractiva”, porque quizás él era un tanto más formal que yo, aunque probablemente solo en las formas y en el trato. No lo sé, la verdad es que a primera vista, parecía ser bastante formal. Muy rápidamente entendí que su “formalidad” no era tanta, y que el andar siempre o casi siempre de traje era más cómodo que todos los días cambiar el atuendo “casual”; el utilizar casi un “uniforme” era simplificar el día a día para arrancar, laburar, dedicar, meterle, mejorar. Y entonces entendí que, como mi mamá, estaba más cercano a la rebeldía, al ser cuestionador, analítico; quizás se trataba de la rebeldía en la formalidad (o rebeldía en la madurez), o formalidad en la apariencia pero nunca en el pensamiento, en el accionar. Tenía una gran amplitud en la forma de pensar y estaba muy lejos de ser estructurado. Formalidad solamente si es sinónimo de buen trato, amabilidad, cordialidad, respeto.

Y me viene otra cosa a la cabeza cuando pienso en él (y en mi mamá): la importancia de hacer todo de la mejor manera posible, metiéndole, laburando, dedicando tiempo, tendiendo a la excelencia dentro de las posibilidades de cada uno, tanto cuando nadie más que uno mismo está

mirando, como en una charla con dos participantes o en una con 500 asistentes.

Pienso en papá y aparece la idea de justicia lisa y llanamente y la de justicia social. Entiendo que mi tendencia espontánea a valorar fuertemente la justicia y la justicia social, la heredé de él y de mi madre, la mamá en mi casa. También una cierta tendencia espontánea de ponerme siempre del lado del que entiendo que es el que está en la posición de desventaja.

Me acuerdo de papá y recuerdo que siempre me impactó la forma en que escuchaba al otro absolutamente interesado en lo que tenía para decir, preguntando, repreguntando, interiorizándose, sea cual fuera el tema, siempre escuchaba, imagino intentando aprender de todo, continuar aprendiendo sobre nuevos temas, desde un lugar de absoluta humildad. Siempre interactuando de igual a igual con quien fuera, demostrando que realmente entendía y estaba convencido de que lo que cada uno tenía para decir conllevaba el mismo grado de valor y que nadie era superior a nadie; y ahí es cuando realmente ese postulado que todos decimos pero muchas veces luego no lo reflejamos en nuestras acciones, él lo llevaba adelante en su accionar, en su conducta, en su forma de comunicarse. También recuerdo cierta empatía, claro, la empatía va de la mano de escuchar realmente al otro, de interesarse por lo que tiene para decir y por lo que tiene para enseñar, sea quien sea, para luego ponerse en el lugar del otro.

Es así que, si pienso en él, me vienen a la cabeza las ideas de ser independiente, vivir en libertad, de intentar ser cada día mejor, de ser laborante, de respetar al otro de igual a igual, de involucrarnos con interés pero sin cercenar y dejando que cada cual decida lo que considera mejor, de empatía, de mostrar interés e involucrarse pero dejando ser al otro. También me viene a la cabeza la enseñanza de no ser jodido (perdón por la palabra), no ser jodido con otros en el sentido de no perjudicar conscientemente a otros,

incluso cuando siendo jodidos es probable que tengamos más réditos, que nos beneficiemos; claro, esto va de la mano de la enseñanza de hacer todo lo mejor que podamos, en todo caso compitiendo con uno mismo pero no con otros, y mucho menos tratando de perjudicar a otros (incluso en ámbitos tan competitivos como en los que él se manejó profesionalmente).

Esto lo reafirmo cada tanto, cuando coincido con alguien que no conozco y que no me conoce y que, cuando cae en la cuenta de que soy su hija, me busca, se acerca, me habla y menciona maravillas de él, y además de explicitar sus lindas características, me cuenta alguna anécdota de él que refleja su calidez humana, su don de gente, su generosidad (en ámbitos en los que no suele ser moneda corriente), su capacidad de escucha y de diálogo, su cierto grado de altruismo, su capacidad de ponerse en el lugar del otro, su dedicación, su laburo, su docencia, su pedagogía.

Quizás alguien esté pensando que lo que viene leyendo denota cierto complejo de Edipo (y me tienta y río), pero no, cada vez que me encuentro con alguien “nuevo”, se reitera la situación de encontrarme escuchando una anécdota que refleja esas características sobre las que vengo escribiendo al pensar en papá.

A través del recuerdo de sus acciones y su pensamiento, Osqui sigue enseñándome.

Pienso en papá y pienso en Alfonsina, mi hija, y en que ojalá ella encuentre y vea en mí algo de él.

Y acá estoy, absolutamente orgullosa de ser su hija y recordándolo con alegría que hace mucho bien.

OEU: UN ALJIBE PARA LOS SEDIENTOS

Martín Ermida

Montevideo, octubre 2019

Este tipo de reseñas, ciertamente sensibilizan, movilizan.

Pese a su muerte, festejamos su 70° natalicio, recordándolo, manteniéndolo vivo.

En lo personal, no se trata de recordar sólo al académico, sino, sobretodo, al padre. Y es que eso es justamente lo que sucede cuando pienso en OEU. Asaltan el académico y el padre, como un binomio inescindible.

Pensar en él es recordar rápidamente los siguientes conceptos: docencia, abogacía, academia, estudio, investigación, rigurosidad, honestidad, rectitud, frontalidad, ética, generosidad, padre, confianza, referente, respeto, tranquilidad, cobijo, abrazo, serenidad, humildad, entrega, orgullo...

Es que se trató de un ser humano excepcional, que sin necesitar invadir, siempre estuvo ahí, a su manera.

Y lo estuvo para todos los suyos, quienes fuimos su familia, pero también para los amigos, cultivados estos a lo largo y ancho del mundo, siendo justamente esto lo que lo llevó a que se lo concibiera como un ciudadano del mundo. También se entregó por entero a sus discípulos; y lo mismo hizo con los estudiantes y colegas.

Pese a que la primera impresión era la seriedad, la etiqueta y protocolo, quienes supieron conocerlo recordarán la

simpleza y sencillez, la sonrisa amplia, la dosis humorística justa aunque a veces ácida. Recordarán el oído predispuesto a escuchar, y la devolución tan escueta y respetuosa, como certera.

Empatía. Era una facilidad que tenía. Empatizaba fácilmente. Y ello respondía a la sinceridad brindada. Desconocía sobre el egoísmo.

Supongo que por lo dicho, fue que me permitió uno de los atrevimientos más grandes de mi vida: ofrecerle embarcarnos en producir un curso o manual de Derecho laboral.

Fue así que a principios del 2010, con papá, habíamos empezado a evaluar la posibilidad de involucrarnos en un proyecto conjunto: dar lugar a un manual o curso de Derecho del trabajo. Obviamente, mi función era la de mero colaborador.

Justo es decir que, al principio, se mostraba reacio, pues ello significaba, de alguna manera, competir con los textos de los profesores Plá Rodríguez y H-H Barbagelata, lo que a su vez, no le parecía una actitud respetuosa hacia ellos.

En aquella oportunidad, la discusión se circunscribía en que, el material, quizás superara el contenido y la extensión que un Curso o Manual suponen. A su vez, quizás no alcanzara para llegar a un Tratado de Derecho laboral -lo que además notábamos, era una tarea bastante ambiciosa-

.

Así, a fines de octubre del 2010, llegábamos a la conclusión que lo mejor era ir en busca de unos *“apuntes hacia un tratado de Derecho laboral”*. Con ello, no solo superábamos el inconveniente de la extensión y temáticas a abordar, sino que además, parafraseábamos y homenajéabamos a *“Apuntes sobre la huelga”*.

La realidad truncó toda posibilidad, pues sobre mediados de noviembre del 2010, las fuerzas y el tiempo, debieron abocarse a otras situaciones y realidades. Habíamos tomado conocimiento de la enfermedad de papá.

Su fallecimiento se produce el 07.06.2011, en su querida ciudad natal de Montevideo.

Con posterioridad, en oportunidad de preparar “El pensamiento iuslaboralista de OEU” (2015), y “Estudios de Derecho laboral individual y colectivo” (2018), nos hicimos conscientes de un extremo novedoso y que OEU nunca había confesado ni tampoco se había vanagloriado: desde sus inicios él ya contaba con un manual o curso de Derecho del trabajo. Nos referimos a “Empresas multinacionales y Derecho Laboral” (1981), obra que rápidamente se agotara y nunca fuera reeditado por su autor, quizás, para no competir con los Profesores.

Empero, no puede desconocerse que “Empresas multinacionales y Derecho Laboral” -el primero de los libros de OEU-, fue una excusa para escribir sobre todo el Derecho laboral, (¿) sin darse cuenta (?), y sin dejarnos darnos cuenta. Se trata de un abordaje transversal del Derecho del trabajo. Pese a ser un libro de 1981, planteó temas tan actuales como la externalización, enfocada desde la óptica del Derecho internacional del trabajo. Lo mismo hizo respecto del Derecho colectivo del trabajo, y respecto del Derecho individual del trabajo.

Quizás, por ello mismo, es que no mostraba mayor interés en dedicarse a un curso o manual. Quizás, y sólo quizás, porque ya lo había hecho.

Las correcciones de edición de la 1ª edición (2011) del "Cursillo esquemático y abreviado de Derecho público-administrativo a los efectos forenses", se hicieron en São Paulo - Brasil, entre el 1 y el 8 de marzo del 2011.

Nos encontrábamos en aquella ciudad en busca de una solución para la agobiante y célere enfermedad de papá.

Él mismo me había recomendado llevar las pruebas de edición, por las dudas que hubiera tiempos libres o de espera, prolongados.

La segunda noche en São Paulo, a altas horas, papá golpea a la puerta de mi habitación. Extremadamente molesto y dolorido. Según él, lo estaban aquejando dolores que no le permitían conciliar el sueño, ni encontrar acomodo en la cama. Ello, sumado al hecho que no tenía "nada productivo para hacer", le molestaba demasiado, haciéndolo sentir peor.

Se trataba de una de esas habitaciones de hotel que cuentan con un pequeño escritorio y un pequeño estar antes de llegar a las camas.

Fue allí, que uno frente al otro, comenzamos las correcciones de edición del libro referido. Ello hace que esa pequeña obra tenga, personalmente, una muy alta carga emotiva.

No sólo encontró en ese libro "algo productivo para hacer", sino que, además, me honró colaborando en la corrección.

Esas noches fueron muy fructíferas por tres razones: la primera, el fluido intercambio de ideas, recomendaciones e intervenciones que efectuó; la segunda, el poder disfrutar (a solas, aunque pueda resultar egoísta) del intelecto de papá; y la tercera, porque dejó la más profunda de las lecciones: no puede darse el brazo a torcer, hay que seguir hasta el último instante, produciendo, pues en lo académico y la familia, existe un refugio continuo.

De semblante elegante, no era raro verlo en traje, de saco azul, pantalones grises y camisa blanca, con corbata.

Lo que no se sabía es que esa vestimenta tenía todo un simbolismo. Es que nunca dejó de ser un estudiante ávido,

y por ello mismo, nunca dejó el liceo o secundaria. Nunca olvidó ni desconoció sus raíces. Y por ello mismo, nunca abandonó el uniforme del liceo público uruguayo (camisa blanca, corbata azul, pantalón gris y saco azul).

Se extrañan aquellos cafés y mates, aquellas charlas en la cocina, las de bar, las de pasillos, las de jardín, las de balcón.

Todas ellas tenían en común una proverbial devolución y una lección silenciosa: nunca imponer la postura propia, escuchando al otro, y entendiéndolo aunque no se comparta su postura.

Se extrañan aquellas charlas en su escritorio de casa, charlas que se daban a las 5 o 6 de la mañana. Sucede que mientras yo, adolescente, volvía de la jarana, él acababa de levantarse a preparar una clase o una disertación.

Más de una vez le pregunté ingenuamente por qué lo hacía si con sus conocimientos no tenía necesidad, y con una cara seria pero con una sonrisa dibujada me contestaba que nunca se estaba exento de una equivocación, y que así la evitaba, que los estudiantes lo merecían; que nunca se sabía quién lo podía estar escuchando y que por respeto no se podía permitir ser menos que el día anterior. Que en toda clase se podía mejorar la anterior. Que no había razones para repetir una misma clase.

En otras ocasiones, corregía pruebas de estudiantes de grado, y me pedía que leyera la prueba y le dijera cómo lo calificaría, si aprobado o aplazado, y cuando mi respuesta era que aplazado, contestaba "que suerte tenía miedo a estarme equivocando con este estudiante". Si la respuesta era aprobado, solía decir "in dubio pro estudiante".

Entre otras razones, creo que estos recuerdos, en parte, son los culpables de mi compartido amor por la docencia.

Silenciosamente, la semilla había sido plantada.

Quizás, porque a nuestras maneras y silenciosamente, éramos dos Peter Pan, soñando utópicamente con llegar al país de Nunca Jamás.

Resta agradecer alta y sinceramente a todos quienes participaron en este homenaje; y muy especialmente al amigo Alvaro Orsatti, sin cuya propuesta, empuje y tesón, no hubiera sido posible.